

Intervención en el Seminario CEMOFPSC
Seminario Internacional: "Oriente Medio, Sociedades fragmentadas, ¿Qué futuro?"
Excmo. Sr. D. Samuel Hadas
Embajador del Estado de Israel

UNA SOCIEDAD DE LUCES Y SOMBRAS

A manera de introducción

El Estado de Israel es recordado frecuentemente, con justicia, como el único país plenamente democrático de Oriente Medio. Como otras democracias, la israelí es imperfecta y como otras, tiene tanto características positivas como negativas. Una sociedad de luces y sombras. Debemos en primer lugar resaltar que debe sobrevivir en un ambiente excepcionalmente contrario al sistema. Todo lo tenía en contra. Las dificultades que enfrentó desde el inicio parecían insuperables y son tales que no estimularon precisamente las instituciones democráticas, por ejemplo la llegada de olas inmigratorias de países donde se desconocía la democracia, lo que no era precisamente un factor cohesivo. No obstante, los israelíes-judíos comparten el sentimiento de pertenecer a un pueblo, con historia, religión y culturas comunes. Las minorías no judías, por supuesto, se perciben de una manera diferente, como veremos más adelante.

Pero la máxima dificultad ha sido la situación de conflicto en que nació el Estado y que no era la más adecuada para organizarse democráticamente. Es, además, un Estado democrático inmerso en un mundo absolutista. Décadas de guerra con los países vecinos: cada década trajo su propia guerra (1948, 1956, 1967, 1973, 1982. En los noventa, la primera *intifada* y en el 2000, la segunda, que se prolongó cinco años. En 2006, la así llamada segunda guerra de Líbano).

Ello ha incidido profundamente en una democracia aún no consolidada y con estructuras no muy bien asentadas y cuyo sistema electoral es uno de los más deficientes entre los sistemas democráticos existentes. A primera vista, el más sorprendente aspecto de la democracia parlamentaria israelí -con sus partidos, periódicos y la libertad de expresión existente- es, quizás, su existencia misma.

Israel, escribe Mario Vargas Llosa, sería uno de los éxitos más notables de la historia contemporánea si el conflicto palestino-israelí no existiera. La Palestina donde llegaron los

primeros sionistas era la más miserable provincia del imperio otomano, un páramo de desiertos pedregosos, lo que hace que ese logro sea más significativo.

Israel es hoy un país de gran heterogeneidad cultural y social. No se trata solamente de un país desarrollado por inmigrantes, sino de un país aún dirigido principalmente por inmigrantes. Absorbió olas migratorias de diversos orígenes, culturas y niveles educativos, a la vez que se convive con importantes minorías étnicas y religiosas. La diversidad de la sociedad israelí es excepcional: una superposición de grupos sociales y culturales que se da en pocos países. Podríamos definirla como una sociedad poliétnica, religiosa, cultural, integrada por colectivos de los más diversos orígenes. Como escribiera un corresponsal español acreditado en Israel "Las doce tribus de Israel de las que habla el Génesis se quedarían cortas para retratar la diversidad étnica y cultural de los israelíes.

Israel de hoy es muy diferente al de sus inicios y al que delinearon sus fundadores. Al núcleo original, fundador del Estado, prominentemente europeo y en su mayoría deológicamente motivado, se sumaron migraciones procedentes de otros continentes, como África, Asia, América. El país ha venido sufriendo cambios importantes. Algunas de las instituciones de mayor influencia del país en sus primeros años se han transformado. Los israelíes han perdido confianza en ellas, desarrollándose una sociedad más pluralista, estratificada y dividida. La economía socialista y altamente centralizada de las primeras décadas ha sido reemplazada por una economía capitalista liberal con una intervención cada vez menor del gobierno. El país es cada vez más próspero, pero su futuro es tanto más incierto que el de los países que lo rodean. El país vivió y sigue viviendo actualmente situaciones políticas de grandes tensiones.

Los israelíes viven circunstancias más que suficientes para desanimar al más optimista entre ellos. Quizás el más importante logro de Israel en sesenta años de independencia ha sido el de perseverar en el mapa del mundo como un Estado soberano. Cuando nació no faltaron los que anticiparon un desastre para el joven Estado judío a manos de los ejércitos de cinco países árabes que lo invadieron. Muchos no esperaban entonces que pudiera superar siquiera su primera prueba de fuego. A la luz de la intensa hostilidad en que le tocó vivir, su capacidad no sólo de sobrevivir, sino de desarrollarse es una odisea.

La economía del país viene evolucionando en forma impresionante, habiendo alcanzado un ingreso per cápita similar al de países europeos desarrollados, poco más de veinte mil euros, mientras que ocupa un lugar de honor en el campo de la alta tecnología. Detenta el segundo lugar, después de Japón, en la inscripción de patentes. Algunos de los sistemas Window XP y NT fueron desarrollados en laboratorios israelíes. Bill Gates dijo una vez que "Israel representa el punto más alto de la innovación.

Israel tiene las mejores universidades y centros médicos de Oriente Medio y es líder mundial en la tecnología de riego, en la investigación en la medicina, en el desarrollo de energía alternativa. Las compañías israelíes inscritas en el Nasdaq ocupan actualmente el tercer lugar, después de Estados Unidos y Canadá. Su vida cultural es de vanguardia. Su industria fílmica atrae la atención internacional. La economía creció en los últimos años, hasta el inicio de la crisis global que nos aqueja a todos, a un ritmo anual del 4%, superior al de la mayoría de los países occidentales desarrollados.

El país vive una situación de crisis política, en un momento en que los temas de seguridad, como el insoluble conflicto con los palestinos, la posibilidad de una nueva guerra con Siria y/o con el movimiento fundamentalista radical libanés Hezboláh y, sobre todo, la amenaza nuclear iraní y las declaraciones de su presidente de borrar del mapa a Israel, preocupan seriamente. Pese a sus impresionantes logros militares, el país sigue enfrentando graves amenazas existenciales. Después de 61 años de independencia, Israel no ha logrado asegurar a sus ciudadanos una vida normal ni ha ganado legitimidad en una región que es, probablemente, la más volátil del globo. La ocupación de territorios palestinos ha creado una situación cada vez más insostenible y las negociaciones con los palestinos tropiezan una y otra vez con la inflexible hostilidad de los extremistas de ambas partes, lo que le ha dado el dudoso honor de ser uno de los principales productores de noticias en el mundo. La seguridad nacional domina la agenda de Israel desde el primer día de su existencia. Ha hecho milagros en el desierto, pero es incapaz de superar su más formidable desafío, la resolución del conflicto con sus vecinos.

Es en este contexto histórico que debemos analizar una sociedad tan variada, donde la minoría de un quinto de la población se concibe a sí misma como diferente en términos históricos, étnicos, religiosos idiomáticos. La diversidad de la sociedad israelí es excepcional, conviviendo (o, coexistiendo) en ella colectivos sociales, religiosos y culturales de los más diversos orígenes, principal causa de la inestabilidad política que afecta notablemente la gobernabilidad del país. Su sistema electoral proporcional ha causado una parcelación de la política que impide establecer gobiernos homogéneos y estables.

Muchas voces se escuchan en el Israel de hoy, pero no todas al unísono. El humor de los israelíes oscila hoy entre una doble existencia, la de la supervivencia nacional y la de su vida privada, que no desmerece la del ciudadano de cualquier país desarrollado. El escritor Amos Oz, considera que el pueblo israelí está confundido y decepcionado porque aún no ha alcanzado la "normalidad". Israel ha dado más premios Nobel que todo el resto de los países de Oriente Medio, pero los israelíes preferirían vivir en un país "normal" a seguir recibéndolos. Pero no podrá serlo hasta que no alcance una paz verdadera, que por el momento se aleja

como el horizonte. La sensación de que se vive bajo una amenaza existencia ha decrecido pero aún es alta.

Para completar este panorama introductorio de la sociedad israelí debemos anotar que se encuentra profundamente dividida sobre el tema de la paz con sus vecinos árabes, entre la izquierda y la derecha, entre seculares y religiosos ortodoxos, entre las etnias que la componen.

La sociedad israelí es una sociedad temperamental y vehemente y las tensiones son altas, como el volumen de la retórica. Una sociedad con sectores conscientes de un destino común pero separados por tensiones derivadas de su extracción, origen y distintas singularidades. Pero, contradictoriamente en apariencia, al menos quiero creer, la mayoría de la población es tolerante, pluralista y amante de la paz. Aquí debe señalarse que existe una ruptura entre la mayoría de la sociedad y aquella minoría religiosa ortodoxa mesiánica, para quien las normas democráticas cuentan poco o nada y que intenta por todos los medios (aunque por el momento sin hacer uso de la violencia, salvo en casos aislados) impedir la reconducción del proceso de paz con los palestinos.

La legislación israelí presenta contradicciones, como la propia sociedad, que es una sociedad antigua y nueva, nativa e inmigrante, tribal y universal. El sistema de reconocimiento y garantía de los derechos fundamentales de los ciudadanos atravesó muchos cambios: en menos de cincuenta años superó la anacrónica legislación otomana de siglos pasados y la del mandato británico. Israel, recordemos, es por definición un Estado Judío, pero en realidad es un Estado multiétnico y multirreligioso, en el que es menester asegurar los derechos y la representatividad de minorías religiosas y étnicas. De su cerca de siete millones y medio de habitantes, más de un millón 200 mil son árabes, principalmente musulmanes. Los derechos de esta minoría están aún lejos de implementarse como debería ser. Gozan de la ciudadanía pero ello no neutraliza las diferencias

No puede describirse su sistema legal comparándolo con otros sistemas. Sólo será comprendido en el contexto de la compleja realidad política, social y cultural de Israel. El período transcurrido desde la creación del Estado se caracterizó por el empeño en superar los vacíos dejados por los gobernantes anteriores: el esfuerzo principal fue dedicado a la elaboración de un sistema legal que ordene las relaciones entre los ciudadanos y la protección de sus derechos, así como la máxima representación de individuos y colectivos.

Los precedentes judiciales juegan un papel importante al carecer el país de una Constitución orgánica escrita, como resultado de la falta de acuerdo sobre una visión definitiva de lo que debería ser el Estado, pero, por sobre todo, de la profunda división entre los sectores seculares

y religiosos ortodoxos, que imposibilita arribar a un consenso, sobre todo por la pretensión de los ortodoxos de regular la vida social en forma consonante a las prescripciones religiosas.

Su sistema político es muy democrático, pero dificulta la gobernabilidad del Estado. La legislación es elaborada por el Parlamento, la Knesset, que tiene un poder de relevancia, en ausencia de una Constitución formal. Las Leyes Básicas que vienen aprobándose en un proceso gradual y que, en definitiva, constituirán los fundamentos de la Constitución (con un mecanismo que impide que puedan ser modificadas con facilidad) son consideradas insuficientes. El nivel de respeto de los derechos humanos es inferior al de las democracias europeas pero bastante más elevado que el de los demás países de Oriente Medio (Es evidente que no se ejerce la igualdad ante la ley rigurosamente en el caso de la minoría árabe, que constituye actualmente la quinta parte de la población del Estado, pero no se trata de una discriminación legal, sino en la práctica, al no gozar de igualdad en el tratamiento, por razones que veremos más adelante).

¿Puede afirmarse que los derechos humanos están razonablemente respetados en Israel? Aunque básicamente eso es lo que sucede, no pocas son las violaciones que se registran. Aquí debemos recalcar además que debemos distinguir entre la observancia de los derechos humanos en Israel y en aquellos territorios ocupados militarmente por Israel, donde deja mucho que desear. Derechos humanos y ocupación militar son términos incompatibles y esta situación no podrá encontrar una solución adecuada mientras no se llegue a una solución justa y permanente del conflicto con los palestinos. Israel no puede ni debe seguir manteniendo bajo su dominio más de tres millones de palestinos, cuyos derechos básicos no son respetados plenamente.

No existe la separación entre estado y religión. Muy a pesar de muchos, las leyes religiosas continúan manejando nuestras vidas: matrimonios, divorcios, transporte público en sábados y fiestas religiosas, la gastronomía. La diversidad étnica y cultural es notable.

Para resumir, la carencia de una Constitución escrita es uno de los problemas serios de la sociedad israelí y su gran problema es y seguirá siendo por mucho tiempo, la compatibilidad o incompatibilidad entre religión y democracia. Los países europeos cristianos encontraron una respuesta al dilema de las relaciones entre Estado y religión después de siglos. Los judíos (y los musulmanes) aún no han encontrado la respuesta adecuada. La fractura entre la mayoría secular judía y la minorías ortodoxas que se oponen a las normas y al juego democrático es, por el momento difícil de resolver.

Anteriormente idealizado como un país socialista y democrático, Israel sufre del mismo fenómeno que aqueja a muchos países: una creciente brecha social, entre los ricos que se

vuelven más ricos y aquellos que viven en la pobreza. Treinta por ciento de los niños viven en la pobreza. Este desequilibrio económico es resultado de las políticas neo-conservativas de los últimos gobiernos de derecha. Israel ha dejado de ser la sociedad igualitaria con que soñaron sus fundadores.

El sistema político

El sistema político israelí se caracteriza por el multipartidismo, con algunos partidos dominantes y coaliciones de gobierno hasta hace unos años más o menos estables. El mecanismo electoral adoptado desde el primer momento fue el de la representación proporcional. Dos grandes partidos, de centro-izquierda y centro-derecha, constituyeron hasta hace unos años el eje principal de la política israelí, sobre todo porque no se limitaron a delinear un camino político, sino que penetraron prácticamente todas las esferas de la vida de la sociedad, en los que tuvieron no poca hegemonía, acumulando bienes económicos y creando instituciones sociales y culturales diversas. Puede concluirse entonces que en los años formativos del Estado constituyeron el fundamento de la construcción de la sociedad.

Pero su poder se ha diluido. Los grandes partidos se encuentran actualmente en un proceso de erosión. Han surgido nuevas fuerzas sectoriales motivadas por estrechas ideologías y o intereses de sectores de la sociedad. A expensas de los partidos mayores, surgieron nuevos partidos que representan colectivos de religiosos y de inmigrantes, según su origen étnico, que vienen adquiriendo importante fuerza electoral. Ello ha segmentado la Knesset, el Parlamento, dificultando su capacidad de decisión.

El proceso de declinación de las grandes fuerzas políticas se aceleró notablemente con la adopción de una nueva ley electoral que separó las elecciones al parlamento de las elecciones a las de la jefatura del gobierno. Hasta 1996 el sistema político era exclusivamente parlamentario y el gobierno era constituido sobre la base del apoyo de una mayoría de la Knesset a la candidatura de uno de sus miembros para el cargo de Primer Ministro. Una vez formado el gobierno y aprobado por la Knesset, las facciones parlamentarias que lo apoyaban formaban parte de la coalición gubernamental.

El sistema político aprobado entonces era un híbrido entre un régimen parlamentario de modelo europeo y un régimen cuasi-presidencial. Aquí se demostró que lo mejor es enemigo de lo bueno. Si la política partidaria era hasta entonces la esencia del sistema político israelí, el centro de decisión pasó, en la práctica, a una persona. Esto sucedió mientras que los grandes partidos, como quedó dicho, estaban perdiendo poder en favor de los pequeños partidos religiosos, étnicos o que representan a colectivos de inmigrantes o a intereses políticos determinados. Al constituirse algunos de ellos en el fiel de la balanza política, estaban en mejores condiciones que antes de chantajear constantemente al Primer Ministro de turno (La

intención de quienes propusieron el cambio del sistema electoral era precisamente la contraria, la de reducir la capacidad de "chantaje" de los pequeños partidos, en el supuesto que aminoraría su posición de fiel de la balanza política al perder su capacidad de decidir que partido integraría el gobierno o quién lo encabezaría).

Ese sistema electoral hizo del regateo político un regateo ininterrumpido. El resultado fue contradictorio: más poder para el jefe de gobierno a expensas del Parlamento, pero paradójicamente lo hizo más sensible a la extorsión de los partidos bisagra. El resultado fue que después de pocos años se retornó al sistema tradicional. La declinación de los partidos políticos, el cambio del sistema electoral, así como la revolución en los medios de comunicación (el impacto de la televisión en la cultura política de Israel es sumamente importante), han afectado profundamente la democracia israelí y podrían traer consigo nuevos cambios en la vida política del país en un futuro no muy lejano.

Los grandes partidos se han debilitado porque han perdido la capacidad de representar debidamente las voluntades de su electorado, entre otras razones, por la eliminación de la superposición entre el segmento económico y social y el partido político, además, por supuesto, del impacto del conflicto con los palestinos. El resultado es el deterioro de la credibilidad del sistema político, cuya imagen ha desmejorado notablemente en los últimos años. Los nuevos partidos reflejan los cambios que se vienen produciendo en la sociedad israelí. La representación de las minorías es, por ejemplo, mayor en los partidos surgidos en los últimos años: entre los árabes israelíes, el 14% de sus representantes en la Knesset han sido elegidos por partidos creados últimamente. El 20 % de los representantes del colectivo de inmigrantes procedentes de los países de la ex-Unión Soviética fueron elegidos en partidos nuevos. Entre los religiosos judíos se llega al 40%.

De hecho, los nuevos partidos se han convertido en factor de cambio del modelo de representación de los diversos sectores de la población, mejorando la participación de aquellos que no se consideraban adecuadamente representados, pero fragmentando notablemente la representación política en el Parlamento.

Para resumir este capítulo podríamos decir que el sistema político israelí está cada vez más fraccionado. Casi todos los grupos políticos tienen hoy algún papel en el proceso político. Los partidos políticos constituyen una "colección" de intereses sectoriales, identidades tribales, intereses personales y una miscelánea de coaliciones que premian el fraccionalismo y la desarmonía, en lugar de la unidad y la búsqueda de consenso. Los frecuentes cambios de gobierno (a un promedio de cada dos años) no son otra cosa que síntoma de la falta de confianza de la sociedad en su estamento político.

La composición de la representación étnica ha aumentado, lo que transforma a la Knesset, por momento, en un hervidero social. Cuando los dos partidos más importantes hasta hace pocos años, el Laborista y el partido derechista Likud controlaban cada uno más de un tercio de la Knesset, eran un factor relativamente moderador (en la Knesset actual, si se suman a estos dos partidos el partido creado en vísperas de las últimas elecciones del 2006, el Kadima, apenas superan conjuntamente la mitad).

Es cierto que la Knesset representa la diversidad de la sociedad israelí y expresa la profunda transformación que se registra en ella. Pero en una situación como la actual, los intereses sectoriales "florecen", por cuanto el gobierno está permanentemente expuesto a presiones y dictados, lo que condena a la Knesset a una fragmentación crónica. Lo que crea a veces un vacío político que debe ser ocupado por la Suprema Corte de Justicia que es llamada a dictaminar sobre lo que es correcto o no (cosa que dicho sea de paso provoca reacciones airadas especialmente de los partidos de la extrema derecha, generando serias polémicas.

Pero hay algo más: en Israel viene produciéndose una revolución en el mundo de los medios de comunicación masiva, con importantes efectos en la política. El impacto de los medios de comunicación electrónica, y de los medios en general en la política israelí ha sido sumamente importante, desarrollándose, entre otros fenómenos, lo que alguien ha definido como telepopulismo, un modelo que contiene elementos de populismo político clásico. Algunos líderes políticos, en su afán de ganar apoyo popular descienden muchas veces al común denominador más bajo en sus intentos de conectar directamente con las masas, produciéndose una situación en la que los símbolos pasan a ser más importantes que los propios actos políticos.

La reforma del sistema electoral deberá constituirse en una de las grandes prioridades de la sociedad israelí. Aunque muchos, "quemados" por los pésimos resultados de la reforma electoral que tuvo lugar pocos años atrás, se oponen, en la consideración que más vale malo conocido que bueno por conocer, prefiriendo mantener un sistema imperfecto, pero que permite a casi todos los sectores estar representados.

La minoría árabe

La sociedad israelí no está compuesta exclusivamente por judíos. Alrededor de un veinte por ciento de su población pertenece a diversas minorías nacionales, religiosas y étnicas. La definición de una identidad israelí afecta por lo tanto a estos sectores. La mayoría de los árabes de Israel, que constituyen cerca del 20% de la población, se definen como árabes palestinos que viven en Israel, país del que son ciudadanos con plenos derechos, según la Ley. En su mayoría están conectados a la religión islámica o a su tradición.

Constituyen de hecho una minoría nacional, étnica, lingüística (el idioma árabe es idioma oficial, junto con el hebreo) y religiosa. Un 15% de los árabes se consideran seculares. Poco más de un 12% son cristianos, los que sumados a la población cristiana que ha inmigrado a Israel desde los países de la ex-URSS, constituyen poco menos del 3% de la población total del país. Históricamente, los partidos políticos que representan a los árabes han estado en la oposición y aunque están representados en la Knesset, puede decirse que casi nunca tuvieron una oportunidad real de participar en el proceso de tomas de decisiones del país, sea en cuestiones domésticas como de política exterior. La sociedad árabe puede dividirse en tres grupos principales: 1) Aquellos que se abstienen por razones diversas, como la falta de confianza en el sistema, e incluso por el rechazo al Estado de Israel; 2) Aquellos que votan por los partidos tradicionales judíos o sus satélites árabes; 3) Aquellos que votan por partidos árabes.

Los árabes no están representados de modo proporcional en ningún organismo estatal. Sólo doce de los 120 diputados de la Knesset son árabes. Si todos los árabes concurrieran a las urnas tendrían una representación de 18 a 20 diputados. La abstención de esta minoría y la incapacidad de los partidos árabes de acordar un programa común hace que no estén representados en la Knesset según su porcentaje en la población del país. Se han opuesto sobre todo a la política de los distintos gobiernos sobre la cuestión palestina (a excepción del período inmediato siguiente a la firma de la Declaración de Principios de Oslo). Las percepciones de una parte de la población judía ha impedido hasta ahora que sean aceptados por los partidos gobernantes como socios plenos en las coaliciones gubernamentales. Es indudable que el conflicto palestino-israelí es uno de los mayores obstáculos a la plena integración de la minoría árabe.

Hasta ahora, a lo máximo que habían llegado diputados árabes es a cargos de vice-ministros en gobiernos laboristas. El gobierno anterior de centro-izquierda contó con un ministro árabe, musulmán (representante en la Knesset del partido Laborista). Las actitudes hacia los árabes israelíes derivan, por supuesto, del carácter judío del Estado de Israel. Las suspicacias recíprocas se mantienen y no son pocas. En las últimas semanas hemos sido testigos de intentos de la extrema derecha (entre ella un partido miembro de la coalición gubernamental) destinadas a castigar la disidencia con los "principios" del Estado judío. Sus controvertidas propuestas de ley han sido rechazadas por sectores de la sociedad israelí que han tildado las propuestas de racistas. Evidentemente se trata de un activismo racista que, espero, será rechazado por la mayoría de los israelíes.

En el electorado árabe se han consolidado tres fuerzas principales:

1) La secular de izquierda (37 %), que apoya el establecimiento de un Estado Palestino junto a Israel y exige que Israel renuncie a su carácter judío-sionista y que se transforme en un Estado "de todos sus ciudadanos". Tiene puntos de vista liberales en lo que concierne a temas como la religión o el estatuto de la mujer.

2) El bloque religioso-tradicionalista. En su mayoría islamistas. Se oponen a medidas liberales y rechazan el *modus vivendi* político y religioso. Constituyen aproximadamente un cuarto de la población árabe. Debe señalarse aquí el notable desarrollo en los últimos años del movimiento islámico, que se ha constituido en una fuerza cada vez más importante en la población árabe israelí. Se trata de una fuerza diametralmente opuesta a los partidos políticos tradicionales árabes. Históricamente, el movimiento islámico en Israel, así como el fundamentalista Hamás palestino, se nutrieron de las mismas fuentes ideológicas: la Hermandad Musulmana egipcia, aunque cabe señalar que el movimiento islámico en Israel ha expresado su oposición al uso de la violencia.

3) El sector integrado por aquellos que votan por partidos judíos en la consideración de que una participación directa en estos partidos servirán mejor a sus intereses. De esta manera, consideran, pueden participar, aunque indirectamente en los procesos de toma de decisiones.

Para resumir, los árabes israelíes han sido, hasta ahora, incapaces de traducir su fuerza política en logros, no habiendo, como quedó dicho más arriba, conseguido penetrar los centros de toma de decisiones, siendo, por lo tanto, bastante limitada su representación. El carácter judío del Estado ha causado una marginación que ha limitado su influencia. La Ley les garantiza todo sobre el papel, pero en la práctica queda mucho para hacer para equipararlos a la mayoría judía de la población. El proceso de incorporación de la minoría árabe y de la concesión a esta minoría de una representación adecuada es sumamente lento. Las barreras a la igualdad entre judíos y árabes son altas.

La solución del conflicto con los palestinos y el reconocimiento de la minoría árabe israelí como una minoría nacional, así como el derecho a una participación proporcional en los asuntos de Estado podrá cambiar cualitativamente el estatuto de esta importante minoría, nacional-étnica-religiosa de Israel.

Los "rusos"

Hasta hace unos años los intentos de organización política y electoral de colectivos de inmigrantes concluyeron en estrepitosos fracasos y no fueron otra cosa que fenómenos pasajeros. No sucedió lo mismo con los judíos originarios de las repúblicas de la ex Unión Soviética arribados a Israel, sobre todo a partir de su derrumbe. Alrededor de un millón de ciudadanos, que constituyen el 17% de la población, con un importante potencial electoral, se

han constituido en un factor de gravitación en la cultura y también en la política del país, capaz de decidir resultados electorales. El surgimiento de partidos integrados principalmente por inmigrantes de la ex URSS ha sido un fenómeno sin precedentes.

Están alejados de los partidos de la izquierda después de su triste experiencia en el régimen comunista y habiendo estado expuestos a un intenso antisemitismo en sus países de origen, muestran desconfianza hacia los árabes y están expuestos a la retórica nacionalista de la derecha israelí. Es quizás el colectivo de inmigrantes con el nivel educativo más elevado: el 61% tiene 13 años de educación o más y el 42 %, educación universitaria o científica.

El peculiar fenómeno religioso-político israelí

El surgimiento de partidos religiosos, algunos de carácter étnico, es un fenómeno particular israelí, sin parangón en otros países. La gran mayoría de los israelíes considera que debe haber libertad de conciencia y de religión. Una minoría, religiosa-ortodoxa, insiste en que su interpretación de la religión debe prevalecer en Israel. El problema actual de la sociedad israelí es que esta minoría es fiel de la balanza política, posición que le ha dado un poder político desproporcionado.

Los ultra-ortodoxos nunca aceptaron el sionismo secular, el movimiento político que condujera a la creación del Estado de Israel. Una de las manifestaciones de su radicalismo es el rechazo de la cultura general. Sus elementos más radicales llegan incluso a cuestionar la existencia del Estado de Israel (Según ellos, el destino del pueblo judío está determinado por leyes divinas establecidas, y por lo tanto no puede escapar de su destino histórico. Esta visión incluye el exilio y la redención. Por ello se oponen al Estado, por cuanto solo el Mesías redento puede restablecerlo y, por lo tanto, la existencia del Estado como resultante de la acción del hombre pone en peligro su visión mesiánica). Más aún, pequeños grupos ortodoxos, habitantes del Estado, se niegan a reconocerlo.

La actitud de estos partidos frente al Estado es principalmente instrumental y el sistema judicial secular del Estado es acerbamente criticado por todos los partidos ortodoxos. Se vuelcan principalmente a la expansión, a mejorar y aumentar los seminarios rabínicos y sus sistemas escolares y los aparatos administrativos religiosos. Aprovechando su rol de fiel de la balanza han sabido obtener una legislación que les asegura su monopolio en los asuntos religiosos del país y no pocas ventajas económicas para su sector. Todo ello en detrimento de otros sectores religiosos judíos como el reformista y el conservador.

Otro importante partido religioso de derecha, de carácter nacionalista, es el partido *Religioso Nacional*, para quien los territorios del "Gran Israel", incluidos los territorios ocupados en 1967 son sagrados, por lo que no pueden ser cedidos, siendo obligación divina ejercer la soberanía

israelí sobre dichos territorios. Dirigentes escindidos de este partido han creado un partido de extrema derecha ultranacionalista. Para los más extremistas de los colonos establecidos en los asentamientos en territorios palestinos de Cisjordania, que se identifican con estos partidos, la autoridad no reside en el gobierno del Estado de Israel sino en las leyes divinas.

¿Adónde va la sociedad israelí?

La reanudación de las negociaciones con los palestinos será el resultado de un proceso de maduración de dirigentes y partidos políticos que tarde o temprano fructificará en Israel (y entre los palestinos, agregaría). Este proceso que traerá, tarde o temprano, nuevas concesiones territoriales, creará seguramente situaciones nuevas que probablemente conduzcan a un realineamiento de las fuerzas políticas en un futuro no muy lejano, pudiéndose así crear una nueva realidad política, por el momento imprevisible.

La mayoría de los israelíes y, queremos creer, la mayoría de los palestinos, apoyan la solución de dos Estados para dos pueblos conviviendo pacíficamente, que se constituirá en el foco de las negociaciones con los palestinos, cuando se reanuden, por supuesto. Los territorios ocupados no son considerados como componentes esenciales de la identidad israelí y la gran mayoría, que considera insostenible la situación en los territorios ocupados, está dispuesta a hacer concesiones y abandonar la gran parte de Cisjordania. Gaza, como recordarán, ya ha sido evacuada. La mayoría de los ciudadanos de Israel, escribe el escritor David Grossman, ya han comprendido que es lo que hay que hacer para acabar con el conflicto: dividir la tierra para que se establezca un Estado palestino. Y que ha llegado la hora de salir de nuestro estancamiento y exigirnos, por fin, poder vivir la vida que nos merecemos.

Cuando los israelíes se vean finalmente obligados a delinear con sus vecinos fronteras permanentes, estarán frente a graves decisiones que influirán profundamente en el carácter y la posición internacional de su país. En la batalla interna por el futuro de Israel, las divisiones políticas, y no solamente las políticas, se agudizarán aún más. Después de más de sesenta años de vida quedan aún sin resolver cuestiones de existencia y carácter ya resueltos por la mayoría de los países, como el equilibrio entre religiosos y seculares y entre la mayoría y las minorías.

En Israel no faltan los convencidos que en un futuro no muy lejano esperan al país severos desafíos. La situación en Gaza, dominada hoy por el movimiento fundamentalista radical Hamás, el cisma palestino y la amenaza de las organizaciones terroristas islámicas radicales son causa de gran preocupación. Pero es la carrera armamentista nuclear de un régimen por un clerical fanático, el de Irán, cuyo presidente declara un día sí y otro también que Israel "debe desaparecer del mapa", la causa de la mayor preocupación de los israelíes, que ven en este

régimen una amenaza existencial. A juzgar por sondeos de opinión pública, el tema que más preocupa a los israelíes e influye sobre su estado de ánimo es la amenaza iraní.

Una reflexión final

Debemos concluir esta visión panorámica del Israel de hoy con un interrogante: ¿permite el sistema democrático israelí articular las diversidades pluralistas de su sociedad? La respuesta es sólo parcialmente positiva, dadas las imperfecciones del sistema. Si bien no recomendaría el modelo israelí en su versión actual a mis mejores amigos, es de esperar que en el futuro evolucione y se perfeccione. En sus seis décadas de vida el Estado de Israel logró garantizar su supervivencia pero no consiguió la paz con todos sus vecinos y asegurar así una vida normal para sus ciudadanos. La sociedad israelí está lejos de ser perfecta y debe soportar tensiones muy fuertes, pero sigue siendo la única democracia de Oriente Medio.

El fin del conflicto con los palestinos y demás vecinos árabes permitirá seguramente a la sociedad israelí intentar proseguir en la dirección debida y salir de la difícil encrucijada en que se encuentra, la de definirse equilibradamente entre una identidad política y nacional israelí y una étnica y cultural judía. La sociedad israelí deberá superar tensiones internas, como la polarización política causada por el conflicto con los países vecinos, el enfrentamiento secular-ortodoxo, el estatuto de la minoría árabe israelí, etc.

La sociedad israelí está lejos de ser perfecta, como hemos visto y vive bajo tensiones insostenibles, pero es la única democracia en la región más turbulenta del mundo. La libertad de expresión, el sistema judicial, baluarte de los derechos de los ciudadanos, conviven con la guerra y la ocupación. En el marco de una democracia imperfecta y la ausencia de una Constitución escrita, la situación de conflicto que vive el país impiden llegar a la implementación de los derechos de toda su sociedad. Deberá encontrar una alternativa adecuada que considere las aspiraciones a conformar una sociedad secular (que contemple además los intereses de todas las minorías religiosas y nacionales) y aquellas enraizadas en la religión y que contemple los intereses de todas las minorías religiosas y étnicas. Una alternativa tal que permita a la mayoría asumir una solución nacional mientras que otros puedan continuar viviendo de acuerdo a sus valores religiosos. Esta es la gran asignatura pendiente y se requerirá una gran dosis de visión política para lograrlo. Pero esto difícilmente pueda lograrse mientras el país siga inmerso en un conflicto existencial con sus vecinos.

Madrid, 9 de junio de 2009